

LUIS GARCÍA PASCUAL (comp.), *Destinatario José Martí*. Editorial Abril, La Habana, 1999; 395 pp.

La década final del siglo xx tuvo, en conjunto, un saldo favorable para estudios dedicados a José Martí. Por un lado, especialistas de reconocida trayectoria publicaron libros o artículos meritorios —Schulman, García Marruz, Ripoll, Franyutti—; por otro, nuevas voces incursionaron en esa tradición con aportes notables —Barreda, Cañas, Morales, Ette, Heller. Sin embargo, más significativa que la calidad y/o cantidad ha sido la configuración de lo que podría llamarse una nueva perspectiva de lectura. Los cambios de sensibilidad, relacionados con otros de índole sociopolítica ocurridos dentro y fuera de Cuba durante esa década, han abierto otros horizontes.

Con hallazgos y —lo que a veces es casi lo mismo— reorganizaciones de documentos, que pertenecen a la “papelería” martiana, resulta más rica, matizada e histórica toda la obra del escritor. A esa especie de lectura “bíblica” que creyó posible usar la obra de Martí para validar casi cualquier propósito bienintencionado, sigue otra, cargada de preferencia hacia los intersticios, las políticas “menores” y los puntos de fuga y de tensión constitutivos de esa obra.

Digno del comportamiento de esa década es este libro que tal vez sea la última contribución a la tradición bibliográfica martiana, el cual cobra relieve por reunir todas las cartas que se conservan de las destinadas al escritor cubano entre 1874 y 1895, entre sus 21 y sus 42 años de vida. En el caudal de la escritura martiana la carta dista mucho de ser un género ancilar; si a algún género entre todos los practicados por Martí pudiera concedérsele la función de eje o centro articulador en su escritura ése sería el epistolar. Una carta es el texto más antiguo que se conserva de todo ese conjunto (1862), así como también el último (18 de mayo de 1895); y de cartas se constituye el mayor volumen correspondiente a un solo género. El hecho de que Martí presentara como cartas sus colaboraciones periodísticas a los más influyentes diarios hispanoamericanos entre 1882 y 1892 es otro argumento en favor de la función desempeñada por ese género dentro de su caudalosa escritura.

Pero esta vez no se trata de Martí como emisor de cartas, sino como destinatario. Si su importancia como figura histórica y su calidad como escritor dotaba de interés su correspondencia, esos rasgos provocaban también muchas expectativas respecto de la correspondencia destinada a él. A un destinatario de la constancia, amplitud y fuerza de José Martí se le supondría inundado de cartas con características parecidas, pero, en proporción, eran pocas, dispersas y sobre temas públicos/políticos las cartas destinadas a él que se conocían más. De ahí el relieve que adquiere en el *corpus* de la bibliografía martiana esta compilación preparada y anotada por García Pascual, tal vez uno

de los estudiosos de Martí más encomiables por su combinación de investigador eficiente y discreto (de 1993 data el utilísimo *Epistolario de José Martí* en cinco tomos, reordenado, ampliado y anotado por él y Enrique Plá).

Nunca antes se había editado un conjunto semejante de cartas destinadas a Martí; en *Destinatario...* se registran, en orden cronológico, 379 cartas —cinco de ellas en apéndice—, varias de las cuales eran desconocidas hasta el momento. El libro *La vida íntima y secreta de José Martí*, algunos —pocos— archivos particulares y, especialmente, la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado cubano constituyen las principales fuentes de las nuevas cartas publicadas. Éstas, junto con otras de carácter público reproducidas en periódicos y revistas (*Revista Universal*, 1875; *Patria*, 1892-95) o de carácter privado publicadas en el tercer tomo de *Papeles de Martí* recopilados por Gonzalo de Quesada (Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1935), se registran ahora con sus fechas revisadas, con notas a pie sobre algunas referencias, más un valioso directorio biográfico de los remitentes. (Dato curioso es que una de esas cartas destinadas a Martí haya sido escrita por Martí en nombre de altos oficiales del ejército independentista cubano; cf. p. 230, nota 1).

La trama de intereses y relaciones que se fue constituyendo alrededor de Martí se documenta en este volumen en el que tienen cabida por igual varios de sus amores de juventud en España, México y Guatemala; el proceso de acercamiento y distanciamiento de Carmen Zayas-Bazán (“Mucho tiempo hace que te amo, pero en silencio”, 1875, p. 22; “Para nada necesito ese su horrendo sacrificio de vida que me ofrece ni se juzgue esclavo mío”, 1886, p. 140); los perseverantes reclamos de Leonor Pérez ante el camino de sacrificio escogido por su hijo (“Dios te perdone hijo todo el mal que me haces”, 1880, p. 59; “todo el que se mete a redentor sale crucificado”, 1881, p. 71); los significativos silencios de don Mariano —su padre—; los celos y afinidades de los líderes y jefes militares; la amistad casi cómplice con el cónsul uruguayo en Nueva York; el temprano reconocimiento de sus dotes como escritor y como orador (1877); la tremenda confianza depositada en él —fundador y delegado suyo— por los diferentes clubes del Partido Revolucionario Cubano; la veneración que llegaron a profesarle los sectores populares de la emigración cubana en Estados Unidos. Raro es el punto de esa trama de relaciones e intereses de Martí con sus contemporáneos que no tenga registro en este volumen; de ahí su importancia en una historia de la recepción de la obra martiana.

De dos grandes temas son los detalles del epistolario que merecen siquiera mención aparte: uno se refiere a la imagen que tuvieron de Martí sus contemporáneos más cercanos, principalmente sus familiares; y el otro atañe a asuntos de carácter más bien editorial. En-

tre los del primer tipo destacan: 1) el número (14, de 1875 a 1889) y la calidad argumentativa de las cartas de su mujer, Carmen Zayas-Bazán, cuya imagen suele ser simplificada o empobrecida en las biografías *ad usum*; 2) la frecuencia —entre 1880 y 1887— de las cartas de su madre, acaso el “juez” más severo y constante del rumbo seguido por Martí (“no estés tan caviloso que este mundo no lo arregla nadie”, 1882, p. 103); 3) las muestras de desconfianza recíproca entre la familia de Martí y su esposa, comprensibles por las diferencias de clase social entre ambas; 4) la casi total desaparición de las remitentes femeninas y la frecuencia de corresponsales colectivos durante los años 1892-1895, que son también los de mayor consagración de Martí a los preparativos de la nueva fase del independentismo cubano.

Las cartas de algunos militares, como las de Enrique Collazo (6 y 24 de enero de 1892), permiten seguir el esfuerzo del escritor para consolidar una imagen de autoridad ante un público de formación militar o marcado por su participación bélica en el proceso independentista. La aspereza de esas cartas de Collazo muestra las resistencias que —todavía en esas fechas, cuando se supone plenamente consolidado el crédito y el liderazgo político de Martí— opusieron algunos sectores del movimiento independentista. (En una de las cartas registradas en el apéndice, Gonzalo de Quesada escribe: “Cuidado con Martí, que tengo noticias [de] que se intentarán con él traiciones; no permitan que viaje solo”.) Pero si impacta la dureza de las cartas de Collazo impresiona también la solidaridad a Martí entre los sectores populares de la emigración cubana.

Entre los detalles del segundo tipo destaca el prurito de precisión en cuanto a las fuentes, fechas y estado de cada una de las cartas; las notas a pie oportunas y esclarecedoras sobre referencias y alusiones a veces hasta anecdóticas; el aprovechamiento de algunos de los aportes documentales de Carlos Ripoll, uno de los martianos del exilio con más contribuciones a la bibliografía del escritor y enemigo declarado de las lecturas hegemónicas de Martí en la Cuba revolucionaria. Un desliz que increíblemente sobrevivió a todas las etapas de revisión del libro es la repetición de un mismo fragmento de carta en las pp. 86 y 101, justificado primero como correspondiente a 1881, y luego a 1882. Tampoco parece justificable que después de haber optado por situar todas las fichas de los remitentes en un apartado final según su orden de aparición, haya tres de ellas en notas a pie de página (pp. 157, n. 3; 180, n. 2; 192, n. 1). Desde luego, ninguno de estos puntos susceptibles de mejora impide notar que estamos ante una de las contribuciones más importantes —y esperadas— de la bibliografía de José Martí.